CRONISTA MAYOR
DE BUENOS AIRES

Año 6 BUENOS AIRES, SEPTIEMBRE DE 2004 Núm. 49

VIVIR EN MONTSERRAT

INTRODUCCIÓN

Este trabajo es el resultado de varias reuniones llevadas a cabo en CEFOMAR (Cooperativa de Trabajo Cultural Educativa) y en el Café Tortoni, con gente que de alguna u otra manera está relacionada con el barrio de Montserrat. Ellos representan a diversas instituciones, tales como la Junta de Estudios Históricos de Montserrat y la Sociedad de Fomento barrial, también participaron algunos vecinos interesados en rescatar la memoria del lugar. Además, este grupo tiene la característica de que sus miembros pertenecen a distintas generaciones, lo que enriquece aún más este interactuar.

No ha sido, en absoluto, nuestra intención reseñar la historia del barrio, sino ayudar, aunque sea mínimamente, a recuperar las imágenes de todo lo que ellos cuentan, mantener de algún modo la llama de los recuerdos de este sitio tan ligado a la historia de la ciudad y del país. Porque, como dice Italo Calvino, en palabras que son también aplicables al barrio, "la ciudad no dice su pasado, lo contiene como las líneas de una mano, escrito en las esquinas de las calles, en las rejas de las ventanas, en los pasamanos de las escaleras, en las antenas de los pararrayos, en las astas de las banderas, cada segmento surcado a su vez por arañazos, muescas, incisiones, comas".

Y es a través de la gente que este barrio, el más antiguo, puede rehacer su historia día a día como en un palimpsesto, donde se escriben y se reescriben una y otra vez su vida y su memoria.

Montserrat, el testigo constante de las alegrías, de las tristezas, de las luchas, de los sinsabores, de las victorias del pueblo de esta tierra, siempre estuvo. Siempre fue. Aun cambiando su fisonomía. Aun cambiando sus límites. Más grande. Más chico. Más rico y arrogante. Más pobre pero también rebelde. Siempre estuvo, con su gente. Siempre construyó esta patria.

DE PARROQUIAS, HUECOS Y TUNAS...

De su fundación, en 1769, se cuenta esto: el caserío es chato, sólo emergen algunas cúpulas relucientes de cerámica blanca y azul. Relojes, torres, las volutas floridas de algunas de sus fachadas: iglesias y templos. Entre ellos, aunque más precario, hecho de adobe y pintado a la cal, ha sido levantado un santuario, apenas una década atrás, gracias a las limosnas de inmigrantes catalanes avecindados en las cercanías de la parroquia de San Juan y devotos de la Moreneta, la Virgen del terruño añorado.

En medio de calles de tierra, cunetas con yuyos, huertas tapiadas, hay tunas y retamas. Son más los huecos que las casas. Todavía no es un barrio, es tan sólo un arrabal de la muy orgullosa ciudad cuadriculada de la Trinidad, fundada, a muy poca distancia, hace casi dos siglos a orillas del río y en los confines del imperio.

Todo comenzó a partir de la Plaza Mayor. En ese hueco articulador que concentraba el espacio construido: el Fuerte, el Cabildo, la Catedral, la Recova. La Plaza era el eje por donde transitaba la vida: hombres, animales y carros la recorrían en todas las direcciones y para todos sus menesteres. La población crecía. La ciudad se agrandaba. Era necesario marcar nuevos límites que articularan los espacios requeridos por un vecindario que se acrecentaba día a día.

Es así como el santuario de la Moreneta se transforma en parroquia y comienza a jugar un papel trascendental en la vida vecinal. Los momentos más importantes están ligados a ella: bautismos, casamientos, defunciones.

Una legislación espacial deslindará este ámbito. Genealogía de lugares cuyos moradores organizarán su cotidianeidad en torno de los huecos, los patios. A partir de entonces la mayor parte de sus vidas transcurre en este espacio.

Y también, en las calles, más huecos sirven de muladar, de basurales, de refugios de vagabundos y gitanos. En uno de

Junta de Estudios Históricos de Montserrat

Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires

SECRETARIA DE CULTURA

La historia es memoria, presente y futuro

gobBsAs

ellos, en Montserrat, muy cerca de la iglesia, en el lugar donde llegaban desde el interior las carretas trayendo sus mercancías, funcionó durante algunos años una plaza de toros: "Las instalaciones eran precarias; antes de la lidia, los animales solían salvar la valla de los corrales y perseguir a los vecinos; muertos y abandonados a los cuervos, el hedor apestaba. Hacia 1800, el espectáculo se llevó a un barrio más lejano: el Retiro".[1]

En este período, mientras en el hueco de Montserrat estaba la plaza de toros, todo ese trajinar que era el tráfico de las carretas disminuyó y comenzó a orientarse hacia otro hueco, el de Lorea. En sus alrededores frecuentaban algunos indios que vendían sus productos. En el centro, mujeres descalzas cocinaban en grandes ollas. De acuerdo con Delfín Garasa, "vivía una población de heterogénea catadura, seguramente en la serie de cuartos, entre los que también había boliches y fondines frecuentados por los troperos". Durante las invasiones inglesas, la zona fue escenario de actos de gran heroísmo: el propietario de estos terrenos, don Isidro Lorea, luchando en la defensa de esta parte de la ciudad, y también los negros y mulatos que allí vivían pelearon valientemente para recuperar Buenos Aires. En su homenaje, el hueco de Montserrat, desde 1808 y por algunos años, se llamó Fidelidad.

Los negros de Montserrat, igual que sus hermanos de otros barrios, se agrupaban en "naciones" y se reunían en los baldíos para tocar música, bailar y organizar sus fiestas, pero también para recolectar fondos y así poder pagar la manumisión de alguno de los suyos. Si bien sus actividades fueron reglamentados en los años 20 por Rivadavia, lo que significó apartarlos de la calle para recluir sus prácticas a ámbitos privados, hecho que formó parte de una política de racionalización del espacio urbano junto con los cambios materiales de la zona céntrica, fue Rosas quien más provecho sacó de dicha política. Entonces, la "gente decente", como se les llamaba a las clases más altas, acentúa el repliegue al interior de sus casas, que ya se venía dando desde las últimas décadas del siglo XVIII como producto de que los lugares otrora frecuentados por ellos pasaron a identificarse con la plebe.

Una de las consecuencias de este repliegue es la tendencia de los negros libertos de alejarse de las residencias de las familias ricas, lo que dio origen a la formación de barrios étnicos en torno de las parroquias de Montserrat y la Concepción.

A partir de la caída de Rosas y, unos años después, con el auge de la inmigración, los negros fueron dejando esa tendencia de agruparse en "naciones" y comenzaron a concurrir a casas de baile, donde se mezclaban con el compadrito y con los inmigrantes. Y es aquí donde surge el tango, de la fusión del candombe de los negros y el andar afectado, "canyengue", del compadrito.

DE BARRIO, PATIOS Y BULEVARES

"Buenos Aires fue la creación de la elite ilustrada del 80 y el Centenario, representante política de la clase hegemónica durante el auge del modelo económico agroexportador. Ha sido, asimismo, el resultado de las olas de inmigrantes proletarios que afluyeron por la misma época, origen, a su vez, de la clase media, que jugaría un papel principal al disputar un lugar a las clases tradicionales. La olla revuelta de los inmigrantes, eufemísticamente llamada 'crisol de razas', era el complemento imprescindible al modernismo de las elites, para darle al Buenos Aires provinciano el aire cosmopolita de gran ciudad.

(...) A tal punto la gran ciudad fue el resultado del boom económico que, con anterioridad a éste, había sido pobre y atrasada, con edificaciones públicas y privadas provisorias. (...) Buenos Aires quedó como testimonio de la época de esplendor casi como una ruina histórica. Varias capas arqueológicas se superponen: la más antigua se remonta a la década del 80, cuando la gran aldea se transformó en ciudad con las consiguientes modificaciones de costumbres y estilos de vida. Desde el inicio del nuevo siglo, el apogeo urbanístico se expresó a través de las reformas del intendente Torcuato de Alvear, los palacios franceses de la avenida Alvear y los edificios *art nouveau* de la Avenida de Mayo.

El último momento de esplendor coincidió con la celebración de su cuarto centenario en 1936; era la metrópoli *art déco* del intendente Mariano de Vedia y Mitre, con la apertura de la avenida 9 de Julio, el ensanche de la calle Corrientes, las diagonales, el boom de las casas de departamentos modernos, los palacios del cine, y el Obelisco como símbolo de la nueva ciudad".[2]

Las familias adineradas del barrio Sur habían comenzado su paulatino éxodo hacia el Norte a principios de la década del 70 como consecuencia de la epidemia de fiebre amarilla, aunque también "por la necesidad de definir un espacio propio dentro de la ciudad, que fuera identificado con las importantes transformaciones que el país estaba manifestando".[3] Sin embargo, durante varias décadas, hasta la de 1910, no se cristalizó una diferencia tajante entre Norte y Sur. En el centro, en esa etapa, aún convivían los viejos vecinos con los recién llegados. Patricios y mendigos, inmigrantes y nativos poblaban sus calles y casas.

Paisaje de contrastes y de conflictos por venir... Las viejas casonas patriarcales, que se van abandonando, son ocupadas por la creciente masa inmigratoria. La vida de estas casas se articula nuevamente alrededor del patio, donde se amalgaman distintas lenguas, distintos credos, distintas costumbres. Y es aquí, precisamente, en este patio, donde nacerá gran parte de la cultura urbana, cuna inspiradora del sainete y del tango.

Según Francis Korn, "la concepción del mundo se forma, en realidad, por medio de una suerte de círculos concéntricos". Refiriéndose a los chicos nacidos en el conventillo, hijos de inmigrantes, en su imaginación "el círculo central, el primero, el del perímetro menor, era el cuarto", después venían los patios, donde jugaban los niños de todas las familias que allí vivían.

Nací en Moreno 1621. Mi papá puso una sastrería en la sala de adelante de una casa de tres patios. Un zaguán grande, adonde a veces entraban las vacas y se ordeñaban. Glicinas, muchas plantas; otro patio, sería el segundo sector alrededor, y a continuación, otro patio más grande, donde había más habitaciones. Y en el fondo, un limonero, una parra y siete piletas. Jugábamos en cualquiera de los tres patios. ¡Qué partidos de fútbol armábamos! Era una especie de las Naciones Unidas: había tanos, andaluces, rusos, alemanes. Un ingeniero alemán que me llevaba a ver boxeo. Yo era chico en aquel entonces. Había un taller de cuadros en el fondo. Un solo baño, enorme, de cuatro por cuatro, de esos que se mataban para entrar. Y, después, las cocinas con hornallas. Las piezas eran unas catorce o quince. Tenía terraza, también. Estimen que, más o menos, la casa tenía 100 plantas. Prácticamente una manzana. Eran todas las manzanas de casas bajas. (Chichín)

Era una casa de piezas, porque no era todo conventillo, como se dice generalmente. Pero había casas que eran de patios de inquilinato. (...) Los conventillos eran mucho más grandes. (...) Casi siempre eran así: vos entrabas y había una sala, que era ocupada por una familia, después seguían una o dos piezas más, que daban a un patio, y después venía el comedor, que hacía codo, y más allá, venían piezas más chiquitas, y los baños y las cocinas. Algunas tenían cocina de madera, delante de cada pieza, donde hacían su comida. El piletón estaba en el fondo. Yo tuve compañeras que me contaban que había hombres que se levantaban en invierno y no se bañaban porque había una sola ducha. Hacía un frío loco. Entonces se lavaban ahí, en el piletón del fondo, que era enorme, donde también se lavaba la ropa, y ahí justamente se armaban todos los líos entre las mujeres, mientras estaban lavando. (Alicia)

Después nos mudamos a la calle Moreno 1626. Hubo un director de orquesta típica, que se llamaba Angel D'Agostino, y allí vi nacer el tango "Tres esquinas" porque yo miraba desde arriba. Me asomaba y estaba la orquesta, y Angelito ensayaba en el comedor. Nosotros vivíamos arriba y los dueños de casa abajo. (Juanita)

Estos testimonios coinciden en describir esta forma de sociabilidad que significaba la vida en esas moradas.

También es Chichín quien nos relata cómo era el barrio, cómo se fue demarcando, cómo el Norte y el Sur, coincidiendo con el espíritu del Centenario, se habían separado irremediablemente: el Sur proletario y el Norte elegante...

Ya estaban diferenciados los barrios. La calle Moreno, pensá que es céntrica, no se olviden

MARÍA JULIA MARÍN

María Julia Marín es nonagenaria. Su vida entera ha transcurrido en Montserrat. Aquí nació, hizo sus primeras letras, estudió Bellas Artes; aquí también plasmó lo mejor de su obra y dedicó todo su empeño en pos de la grandeza del barrio.

En 1989 la Municipalidad convocó a un concurso para la creación de emblemas barriales y ella salió elegida para efectuar el de Montserrat. En el diseño de su emblema reprodujo la paloma, característica del escudo de la ciudad de Buenos Aires; además incluyó el altar mayor de la iglesia de Nuestra Señora de Montserrat, que le dio el nombre al barrio; los toros y los gallos, ambos elementos correspondientes a la época colonial, así como el tamboril, típico de los negros que lo habitaban; la plaza con el árbol añoso, en referencia al tiempo del lugar y los vecinos que allí vivieron. Este fue desde entonces el símbolo de la historia de Montserrat, obra de una mujer entrañable, que ama profundamente su tierra. Ella todo lo dio por el barrio; en sus obras, bellísimas imágenes, viven Montserrat, sus vecinos, sus calles.

Pero fue mucho más allá: promovió la formación de diversas asociaciones barriales y dio charlas educativas sobre la historia del barrio, impulsando su crecimiento espiritual.

María Julia Marín, quien ha marcado con su ejemplo, con su lucha, con su generosidad, a varias generaciones, forma parte de la memoria del barrio y pensar en ella es también homenajear a todos los que con su quehacer honran este suelo.

que está a dos cuadras de la Plaza Congreso. De cualquier manera, ya se conocía, yo no tanto porque era chico, pero ya se sabía que, por ejemplo, Recoleta era un barrio más pituco, digamos más acreditado que éste. Y acá, el barrio nuestro, digamos, era un barrio de vecinos. Por ejemplo, mi papá, en la sastrería, los sábados a la noche, venían los padres de mis amigos a jugar a las barajas y a tomar mate. Este tipo de barrio ya estaba diferenciado. Yo me acuerdo los días jueves, en la esquina del Departamento de Policía, tocaba una banda de música, y todos íbamos ahí. Enfrente, había una casa bastante linda, si la comparamos con las demás. Y los muchachos del barrio bailaban entre ellos, todos hombres, silbándose, sin victrola, gramófono ni nada, así, medio agachados. La barra de la esquina. Y en Moreno y Cevallo había un almacén bastante concurrido por la gente del barrio. Era de Francisco Ragonese y Juan Merello, tío de la Tita de Buenos Aires. Y enfrente, había un baldío, y ahí estaba, como dice el tango, la garçonière *de lata. Era una especie de bohardilla, allí se reunían los muchachos a tomar mate, y a la noche, si podían, para algún pecado. Después de ahí, en esos potreros que iban quedando, estaban los partidos con la pelota de goma marca Pulpo. También estaba el fútbol de pelota arriba del monumento del Congreso, en los desagües, con pelotas de cinco guitas, porque tenían que ser muy chiquitas. Pero era barrio, auténticamente barrio, de primera. Todos estaban para la risa, pero también para ayudar en el llanto. Si en algún momento pasaba algo y uno quedaba en la mala, siempre alguien decía: "Mirá, Fulano o Mengano no tiene, no puede pagar el alquiler. No puede comprar –como hicimos nosotros en la murga– los repuestos para el calentador Primus. ¿Cuánto sobró en la murga? ¿Cincuenta guitas? Dáselos". Había familias de cierto renombre, de cierta jerarquía. Estaba el doctor Serrezoni. Pero casi toda era gente de trabajo. Ahí había, por ejemplo, albañiles,*

limpiadores de cloacas, que en ese entonces era una tarea muy común, mi papá, que era sastre, un amigo nuestro italiano que era sombrerero, el imprentero Lovy, los Arcuri, Mercuri y Saladino, que eran todos verduleros del mercado Spinetto y del Abasto. Estaba la familia Garibaldi, que después el doctor Garibaldi fue un pediatra muy conocido, todos descendientes de Giuseppe Garibaldi. Eran carboneros, de la carbonería que estaba en la calle Moreno, Carbuñil. El dueño tenía la particularidad de llevar tres bolsas de carbón al hombro para entregar en las casas. Unos 120 kilos, y él se jactaba de eso. (Chichín)

Pero fue antes, mucho antes, cuando Alicia, Chichín y Juanita aún no habían nacido, y había otros chicos jugando en esos patios y caminando esas calles, que la fisonomía del barrio fue cambiando para siempre, que la modernidad transformó la aldea en una metrópoli orgullosa de ser "la más europea de América".

"En algún momento –afirma Francis Korn– las cosas empiezan a ser lo que son. (...) En algún momento las ciudades dejan de ser un conjunto de pueblitos, un poblado que se expande con cautela para volverse la imagen de sí mismo, la representación en la tierra de lo que van a ser. (...) De alguna manera, Buenos Aires comenzó en 1895. La afirmación parece harto arbitraria, y en cierto modo lo es. Pero dijimos 'de alguna manera', y esa manera tiene que ver con una serie de hechos de muy distinto cariz. El primero de ellos se traduce en un acontecimiento urbanístico (...) que consiste en demoler una cantidad de manzanas y denominar al espacio abierto Avenida de Mayo. (...) Y hay otra ciudad de Buenos Aires que comienza su existencia con la avenida: la ciudad con el amplio bulevar, con los edificios impresos en *art nouveau*, con los nuevos hoteles, los restaurantes, los cafés que, como el París, dejan espacio al extranjero para contemplar desde la vereda el río humano que discurre".[4]

Moles eclécticas contra el cielo desde donde contemplar la chatura pampeana de los barrios... Esta avenida, que une las dos plazas señeras de la civilidad, la de Mayo y la del Congreso, se convirtió en el símbolo de la modernidad, en la materialización del proyecto de ciudad con que Torcuato de Alvear estrenaba la federalización. Y también el de una clase que, frente al "extrañamiento" de esta ciudad ahora aluvional, necesitaba cristalizarlo aun cuando esto implicara cambiar sus formas –la remodelación del Cabildo o la demolición total de algunos edificios, cuyos valores los preservaba de esto último: vieja aduana, fuerte y recova–, transformando de esta manera el corazón de la ciudad en el de toda la nación. La prueba más palpable de esta modernización es la inauguración, en 1913, de la primera línea de subterráneos de Sudamérica, que unía, a través de la Avenida de Mayo, la Plaza de Mayo con la Plaza Once de Septiembre.

Mi conexión con las obras del subte vienen por vía familiar. Mi abuelo, que vino de España en 1870, comenzó a trabajar como postillón en el tranvía a caballo, en la empresa Anglo-Argentina, y se jubiló como jefe de tráfico, en 1924. Fue el jubilado N° 1. (...) Llegué al barrio de la mano de mi padre, que se instaló en una oficina de Avenida de Mayo, en el edificio Roverano. Esto fue en el año 30. Y he visto pasar por la Avenida hechos y personajes muy interesantes. (Avelino)

Por allí transitaba gran parte del mundo intelectual y la bohemia de esa época. Sus principales figuras se reunían en los cafés, principalmente en el Tortoni.

A principios del siglo pasado, Quinquela Martín, Alfonsina Storni, Juan de Dios Filiberto y otros músicos y poetas se unen en las mesas del café y le piden a los dueños de ese entonces que les cedan un lugar donde ellos pudiesen desarrollar una actividad cultural. Esa entidad se llamaba Asociación de Gente de Artes y Letras. Por ahí pasaron Lorca, Benavente, Pirandello, Lili Pons y Rubinstein, entre muchos más. La filosofía de los actuales dueños es mantener en el aspecto estructural la memoria ciudadana, manteniendo aquellos rasgos que el tiempo va deteriorando, y en otros aspectos, seguir el ritmo de la vida actual. ¡No podemos pretender que Marcelo T. de Alvear venga a tomar champagne francés! Este es un café que tuvo un pasado, tiene un presente y esperamos que tenga un futuro porque es una cosa que está incorporada a la historia del país y de la ciudad. (Roberto, socio del Café Tortoni)

En los años 30, la enorme presencia de la inmigración española, hizo que la Avenida se convirtiera en un ágora donde, en los bares, se discutía y se tomaba partido por cada bando de la Guerra Civil Española. Y la guerra era también el tema central en los inquilinatos del barrio donde los "gallegos" eran mayoría.

Íbamos de visita a Montserrat a una casa de inquilinato donde habían vivido mis padres. Era la época de la Guerra Civil, me acuerdo que yo sufría una barbaridad, no quería ir ahí porque todas las mujeres lloraban, porque recibían cartas de familiares, donde les decían que Fulanito y Menganito se habían ido a la guerra. (Alicia)

Los padres de Alicia, que eran españoles, habían vivido en esa casa de inquilinato de la calle Moreno desde 1914, cuando se casaron. Allí nacieron sus hermanos, pero cuando ella nació, en el año 30, habían conseguido, después de mucho esfuerzo, mudarse a un departamento en Balvanera. Logro que ya desde comienzos de siglo venían experimentando otros inmigrantes como ellos, pero fuera del centro y sus adyacencias, lo que dio origen a los nuevos barrios, y permitió que, por fin, se convirtiesen en propietarios.

DE TORRES, DIAGONALES Y NEÓN

Hace sesenta años que vivo en el barrio. Esta es la primera casa que se vendió en propiedad horizontal, en Chile 1449. (Carmen)

Entre los 30 y los 40 aparecieron las casas de departamentos "modernas".

De acuerdo con Francis Korn, "la

diferencia entre aquellas viviendas más pobres de comienzos de siglo y las que se habían levantado hacia la década del 40 no sólo radicaba en la mayor solidez edilicia y en la mejor calidad de las primeras sino en los términos respecto de la legalidad urbana en que vivían sus habitantes".[5]

"El espectáculo cotidiano de las obras en construcción en casi todas partes –escribe Sebreli– cesó bruscamente en 1943, cuando las 'casas de rentas' dejan de ser rentables por la congelación de alquileres".[6] Se terminaba así con la idea de que construir para alquilar era una buena forma de asegurarse un bienestar para la vejez.

Cuando se declaró la Ley de Propiedad Horizontal, ahí la gente empezó a comprar su departamento y las casas bajas comenzaron a desaparecer. (José)

Papá compró un lote en la esquina de San José y Chile, era un cuarto de manzana. Nosotros no teníamos dinero para construir pero pedimos un crédito a una compañía inglesa. (...) Ese año, yo compraba los libros usados, que no estaba acostumbrada ¡pero estábamos construyendo! Y la construcción se hizo así, a fuerza de un sacrificio tremendo para pagar el crédito. Cuando ya estábamos instalados en la casa, apareció Perón y, ahí, los alquileres que nos daban para pagar el crédito bajaron. Y ahí fue el gran drama. Nos vimos obligados después de tanto sacrificio a vender los

OBRA MARÍA ROSELLÓ

La hermana María Eugenia vive en Montserrat desde hace 20 años, en la Obra María Roselló, una escuela dominical y pensionado para jóvenes oficinistas y empleadas domésticas. Este es su testimonio: *La Obra María Roselló está aquí, en este barrio desde el año 33. Nosotros nacimos como Obra en el año 17 en la calle Cerrito 271. (...) Esto surgió ahí como Cocinas Familiares María Roselló. (...) Ahí empezó a funcionar como comedores para chicas que trabajaban en oficinas y en el servicio doméstico. Y después, los domingos, que las chicas tenían libre, se creó la escuela dominical, donde aprendían corte, taquigrafía, dactilografía, pintura, y más tarde se creó el pensionado, con maestras que venían del interior a trabajar a Buenos Aires. La capilla está desde el 38, porque se fue haciendo de a poco. La escuela sigue siendo para gente que trabaja en servicio doméstico, que tiene libre los fines de semana. Este año hay casi 100 chicas. La escuela ahora es casi toda del barrio. Hoy en el pensionado hay mucha gente mayor.*

departamentos al precio que fijó el gobierno. Papá se enfermó al ver que de golpe vino una mano y barrió con todo. (María Angélica)

En 1936, Buenos Aires había festejado los cuatrocientos años de su primera fundación. Mariano de Vedia y Mitre concretaba para entonces un buen número de proyectos de la ciudad moderna comenzada con la obra de Torcuato de Alvear. Nuevamente, Buenos Aires en obra. La finalización de las diagonales Norte y Sur, el inicio de la avenida 9 de Julio, la construcción del Obelisco, la finalización de la Costanera, la rectificación del Riachuelo, la terminación de las líneas de subterráneos, todo ello dio otra dinámica al centro de la ciudad modernista y, por ende, al barrio de Montserrat, principal protagonista de estos cambios.

Yo pienso que la apertura de la 9 de Julio modificó totalmente la vida del barrio. (Juanita)

Los sábados era impresionante. Salían todas las señoras a comprar a la calle Lima para hacerles la ropa a las hijas, los vestidos de novia. Esas tiendas desaparecieron cuando se hizo la avenida. (Nélida)

Volteó el comercio. ¿Cuántas manzanas son que se voltearon? (Carmen)

La 9 de Julio les cortó la vida a los que están en Catedral al Sur. Los que están del otro lado. (Elena)

Para mí cruzar la 9 de Julio es una historia. Son dos barrios. Corta Avenida de Mayo por la mitad. Yo lo que sea de 9 de Julio para el lado del Congreso no voy. Es de 9 de Julio para este lado. No la cruzo porque es una barrera. (Amalia [h])

En el 37, 38, abrieron esa Diagonal Sur. Mi padre tenía negocio en Chacabuco 30. Yo recuerdo estar subido en las montañas de tierra, y cuando se inauguró. Creo que la inauguraron Ortiz y Castillo. Iban con sus galeras caminando desde Piedras hasta Bolívar. En ese momento había muchos baldíos, en Chacabuco, en Alsina. Todo eso, donde está el Ministerio de Economía, era un baldío muy grande. Enfrente nuestro, en Chacabuco entre Moreno y Belgrano, también. Después, en el 50, hicieron todos esos ministerios faraónicos. (Ernesto)

Nací hace 50 años en Chacabuco, entre Moreno y Balcarce. En el barrio de Montserrat con mi edad no se jugaba en la vereda. En mi zona no porque yo vivo en la zona institucional, entonces está llena de ministerios. No es una zona residencial. En la cuadra vivimos nosotros y otro edificio de tres o cuatro pisos. Al lado había un conventillo, ahora es la Prensa Argentina. Vos no podés jugar en un lugar donde las calles son angostas y pasan cinco líneas de colectivos y hasta pasaba un tranvía. Plazas cerca tampoco había recién las pusieron ahora pero en su momento no había plazas donde ir a jugar. Todo alrededor son ministerios, desde mi casa hasta la Casa Rosada los tenés a todos. (Amalia [h])

Han pasado cincuenta años. La ciudad es otra. El progreso ha traído cosas buenas y cosas malas. El Sur y el Norte siguen cada vez más distantes. Montserrat tiene nuevos límites. Elena lo explica de esta manera: *Dentro de este barrio que tenemos ahora, que le pusieron rayas con la ordenanza de 1972, y que, además, es la caja de resonancia del proceso conflictivo, que es ser la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, desde 1994, eso significa mucho para nosotros. Por eso yo digo que Montserrat tiene, en realidad, "fragmentos de identidad". (...) No lo podemos definir. Todo tiene una identidad. Pero son fragmentos que están en un espacio que les colocó una ordenanza y el deseo de que todo esto sea el centro.*

Pero era otro barrio. Este no es el barrio. ¡Por Dios, nada que ver! Acá había una imprenta y al lado ahora hay una casa tomada que nos da trastornos porque vive gente de mal vivir, y tenemos siempre muchísimos problemas, sobre todo yo, que vivo enfrente. (...) Lo que pasa es que en estas casas que vivían las principales familias de Buenos Aires quedaron abandonadas y fueron ocupadas por gente que vino del interior del país, de otros países y demás gente de las villas. (Carmen)

Antes había muchas casas de inquilinato, pero eran familias conocidas. Esas casas se fueron desocupando y muchas fueron siendo tomadas. También hay muchos hoteles pequeños. El barrio era de personas españolas, pero hace más o menos quince años empezaron a llegar muchos peruanos y bolivianos, gente que venía de los países limítrofes. Venían engañados pensando que acá enseguida tendrían trabajo. Cambió mucho el barrio. Yo llegué en el 64 y al principio los cambios eran pocos. (Nélida)

Vivimos encerrados, llenos de rejas y abriendo cada vez que salimos. Nosotros, la historia, de Perón en adelante, la aguantamos toda, la hemos vivido toda. (Amalia)

Desde el año 61 que estoy acá, en la iglesia de San Juan Bautista, en Alsina y Piedras, al cuidado de la iglesia y de lo poco que queda del convento. El barrio de Montserrat ha cambiado varias veces de fisonomía. Ahora estamos, me da la impresión, más intranquilos que antes. (...) Yo soy un especialista en encontrar cosas perdidas. Me robaron tres Niños Jesús de la iglesia, estatuas de 1790 ó 1800. Cada Niño Jesús los encontré en San Telmo, los tres. Uno estaba en diez mil dólares, los rescaté y los pude llevar a casa. El 24 de diciembre desaparecieron de vuelta. Los rescaté, pero el policía de la comisaría 2da. me dice que tienen que quedarse detenidos. ¡Estuvieron seis meses detenidos en la comisaría los Niños Jesús!, ¡los tres detenidos! La Virgen, pobrecita, había quedado con las manos vacías... (Hermano Roberto)

Pero no todo es nostalgia de que "todo tiempo pasado fue mejor". Aun entre las dificultades actuales, consecuencia de la desocupación y la inseguridad, los recuerdos pueden ser reparadores y el presente esperanzado. Willy, autor de un tema dedicado a Montserrat, nació, se crió y se enamoró por primera vez en este barrio, y ahora volvió después de incursionar por Europa. Él nos da su testimonio lleno de optimismo:

La Plaza Congreso era un lugar donde me encontraba mucho con amigos. Un lugar de encuentro. Era el momento en que a la plaza se le pone el sistema de las fuentes y las luces y se hacía música. Se hacía una cosa que era extraordinaria para esa época. Fines de los 70 u 80. Ese era un lugar de reunión. Para nosotros era un evento el de ir a escuchar música acompañado por luces y juegos de agua, para nosotros era una cosa muy importante.

Todo es el constante fluir de un barrio. Borges decía que "Buenos Aires, desde luego, es algo más que una determinada extensión surcada de calles que se cortan en línea recta y en la que hay muchas casas bajas y muchos patios. Para todo porteño, Buenos Aires, al cabo de los años, se ha convertido en una especie de mapa secreto de memorias, de encuentros, de adioses, acaso de agonías y humillaciones, y tenemos así dos ciudades: una, la ciudad pública que registran los cartógrafos, y otra, la íntima y secreta ciudad de nuestras biografías".

PARTICIPANTES

Elena Moreta de Perri
Carmen Funes de Segura
Juana Caballero
Juan José Vieytes (Chichín)
Alicia Casais
María Angélica Roca
Avelino Zabala
Antonio Daher
Nélida de Naveiro
Hermano Roberto
Hermana María Eugenia
Amalia Ronzoni
Amalia Coasselo de Ronzoni
Ernesto Ronzoni
Roberto Fanego
Guillermo Poch (Willy)

NOTAS

[1] Jorge Luis Borges, *Textos recobrados 1956-1986*, Buenos Aires, Emecé, 2003.
[2] Juan José Sebreli, *Buenos Aires, ciudad en crisis*, Buenos Aires, Sudamericana, 2003.
[3] Enrique Hardoy y Margarita Gutman, *Buenos Aires, historia urbana del área metropolitana*, Buenos Aires, Editorial MAPFRE, 1992.
[4] Francis Korn, *Buenos Aires, mundos particulares*, Buenos Aires, Sudamericana, 2004.
[5] *Ibídem*
[6] Juan José Sebreli, *Las señales de la memoria*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987.
[7] Jorge Luis Borges, op.cit.

BIBLIOGRAFÍA

-Gorelik, Adrián, *La grilla y el parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires*, 1887-1936, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1998.
-Matamoro, Blas, *La casa porteña*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1971.
-Garasa, Delfín, *La otra Buenos Aires*, Buenos Aires, Sudamericana-Planeta, 1987.
-Leiva, Alberto y Vilgré La Madrid, Augusto, "Esencia y presencia de Monserrat", en *Historias de la ciudad de Buenos Aires*, Año II, N° 6, octubre de 2000.
-Giunta, Rodolfo, "De casonas y de rejas", en *Historias de la ciudad de Buenos Aires*, Año II, N° 6, octubre de 2000.
-Calvino, Italo, *Las ciudades invisibles*, Buenos Aires, Minotauro, 1999.
-"Monserrat, un barrio del centro y del Sur", en *Cronista Mayor de Buenos Aires*, Buenos Aires, Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires, 16 de septiembre de 2000.
-Romay, Francisco L., *El barrio de Monserrat*, Cuadernos de Buenos Aires Nº 9, Buenos Aires, MCBA, 1966.
-González Bernaldo, Pilar, "Vida privada y vínculos comunitarios: formas de sociabilidad popular en Buenos Aires, primera mitad del siglo XIX", en *Historia de la vida privada en Argentina*, Tomo 1, Buenos Aires, Taurus, 1999.

GOBIERNO DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES

Jefe de Gobierno
Dr. Aníbal Ibarra

Vicejefe de Gobierno
Lic. Jorge Telerman

Secretario de Cultura
Dr. Gustavo López

Subsecretaria de Patrimonio Cultural
Arq. Silvia Fajre

Publicación preparada por el

Instituto Histórico
de la Ciudad de Buenos Aires

Avda. Córdoba 1556, 1er. piso
(1055) Buenos Aires
Tel: 54 11 4813-9370 / 5822
E-mail: ihcba@buenosaires.gov.ar

Directora:
Lic. Liliana Barela

Jefa Depto. Investigación:
Prof. Lidia González

Coordinadora
del Programa de Historia Oral:
Lic. Mercedes Miguez

Textos:
Marcela Vilela

Edición:
Rosa De Luca
Marcela Barsamian

Diseño:
Jorge Mallo
Fabio Ares

Archivo:
Biblioteca y Archivo Técnico del Instituto Histórico

gobBsAs